

Nairobi, 16 de enero de 2017

Queridos amigos y amigas,

Esta es la última circular que os envío desde África, al menos por ahora. Han sido 17 meses preciosos, llenos de descubrimientos, momentos de sentido y otros de frustración, pero en cualquier caso llenos de rostros y de VIDA.

Os dije en la anterior circular que una lesión en los dos tobillos, cargando el día 2 de noviembre una estudiante enferma desde el tercer piso, me había dejado en silla de ruedas, y todavía estoy así debido a que en ninguna prueba no se veían indicios concretos. Finalmente esta semana hemos recibido resultados más reveladores: han encontrado fragmentos de hueso a ambos lados y alguna complicación más, que me fuerza a volver a Cataluña para resolverlo bien con alguna intervención.

Ciertamente me llevo, como dice Casaldàliga, un corazón lleno de nombres y rostros que no olvidaré. Me voy un poco triste por dejar amistades, clases, proyectos ... todo un poco a medias en aquel rincón de Mabibo, pero al mismo tiempo feliz y con mucha paz, por lo que he podido vivir aquí, por el tesoro de cada detalle y el sentido que tiene darse uno mismo, y porque esta decisión del regreso creo que está bien tomada. Os agradezco de corazón a los que habéis ido colaborando económicamente y en espíritu, y los que lo hacéis aún: sin vosotros no habríamos llegado tan lejos en salas de informática, en becas para los más necesitados, en apoyo y oración... habéis sido realmente parte activa de esta misión, ¡¡MIL GRACIAS!! Yo me marcho pero aquellos niños siguen allí, y el GIA (comité de becas) seguirá gestionando vuestra generosidad para hacer el sueño de la educación posible.

Este último mes en la enfermería de Nairobi he estado viviendo de nuevo una perspectiva diferente de la vida, un auténtico mosaico de testigos. El primero, un compañero jesuita de 95 años que cada día hace reír a todo el mundo haciendo bromas, tomando el pelo a los hijos más pequeños de los trabajadores de la casa, haciéndolos contar 11 dedos en las manos en vez de 10, jugando a esconder el vaso con la cocinera, y que afirma ser «el abuelo» de 1000 huérfanos en Uganda, un centro que él mismo fundó y por los que aún hace de puente con benefactores de EEUU. Otro testigo, el guardia de seguridad de la calle de enfrente, que trabaja 12 horas al día 365 días al año, y me cuestiona y recuerda algunos de nosotros, si trabajamos para vivir o vivimos para trabajar. O bien aquella religiosa brasileña, enfermera ya mayor, que discretamente ha ido gastando con

ternura toda su vida para los enfermos de la enfermería, con una risa y energía que les aporte luz en la oscuridad del sufrimiento.

Cuando veo la alegría de este pequeño paraíso que es la enfermería, me pregunto qué es ser feliz. Es lo que todos buscamos, ¿no es así? Y en cambio, gente con tanto poco dinero, tan poca libertad, tanto poca salud, es TAN feliz... Ellos son capaces de explorar las posibilidades, sin fijarse en las (muchas?) limitaciones. De ser más que tener. De dar más que pedir. Puedan 100, 20,

5 o 1, se entregan con pasión, y como dan un 1 pleno, reciben 100. El 100 por 1.

Cuando estudiaba Teología Bíblica en Roma nos recomendaban no volver a decir «Antiguo y Nuevo Testamento», sino «Primer y Segundo Testamento», para evitar la idea de que Antiguo es ya agua pasada, algo a descartar. ¿Será quizás porque nuestro trato hacia los ancianos es así, «el antiguo» ya no entra en la rueda social, es un estorbo a aparcar en las residencias...? Un jesuita me contaba hoy como para ellos Antiguo Testamento tiene mucho sentido: el antiguo es una herencia, un tesoro, una fuente de sabiduría a escuchar. Y por eso las culturas africanas consideran tan importantes los ancianos como en el tiempo de Jesús, cuando el «consejo de los ancianos» eran los sabios capaces de tomar decisiones difíciles.

Amigos y amigas, el terminar esta aventura juntos quisiera pedir que cuando en la calle, en la tienda o en la plaza encontréis a un inmigrante africano penséis en estas historias que hemos ido compartiendo durante un año y medio. Cuando no sabemos quién es le llamamos desconocido, y cuando lo conocemos, amigo. En Tanzania o en Kenya, a un desconocido lo llaman «¡Hey! ¡Amigo! ». Y al que conocen le dicen «¡Gracias, hermano!». ¿Seremos capaces de acercarnos igual?

